

<http://revista.filosofia.cu/articulo.php?id=567>

Título: Nación y racialidad. Breves apuntes desde la Historia y las realidades de la sociedad cubana contemporánea

Autor(es): Orlando Cruz Capote

Fecha de publicación: 01 de Febrero de 2010

En las proximidades de la Guerra de 1895, el Héroe Nacional de Cuba José Martí escribió un artículo que comenzaba con la siguiente pregunta “¿(...) Sería usted capaz de autorizar el matrimonio de su hija blanca con un ciudadano negro?”. La interrogante, no casual, era de tal magnitud y complejidad para la sociedad cubana de entonces que podía causar desavenencias inoportunas entre los futuros combatientes de la contienda nacional-liberadora. Es entonces que el también Apóstol de la Independencia de Cuba le indicó a Gonzalo de Quesada -su amigo y albacea literario- que no lo hiciera público porque por su contenido antirracista se convertiría en muy impropio para la *Guerra Necesaria* y en un posible elemento divisor entre los futuros insurrectos compuestos por negros, mulatos y blancos...hasta amarillos. Este escrito finalmente fue publicado por primera vez en las Obras Escogidas, en tres tomos, producto de una recopilación prologada por el intelectual Roberto Fernández Retamar entre 1975 y 1977. Un siglo después, y en los albores del Siglo XXI, la interpelación martiana sigue siendo “molesta” e impacta mentalmente a una parte importante de la población de la Mayor de las Antillas.

Haciendo un paralelo muy metafórico, Immanuel Wallerstein intelectual estadounidense, cuenta -a través de un poema de Samuel Taylor Coleridge- como un marinero mata a un albatros cuando su buque se encontraba muy cercano a una tormenta. El albatros era la única visita solaz y compartía la comida con los marineros del barco. Los camaradas indignados ante la acción inexplicable del balletero le cuelgan el pájaro muerto al cuello como símbolo de la culpa, de la vergüenza y por la mala suerte que podría acarrearles la injusticia cometida. El marinero de la acción atroz fue el único sobreviviente de la tempestad y pasó el resto de su vida obsesionado con lo que había acometido. El albatros vivo pasa a ser, según Wallerstein, el *Otro*, el que se abrió para nosotros los seres humanos, en tierras y mares desconocidos y distantes. El albatros muerto, que hasta hoy cuelga en nuestros cuellos -porque todos de una forma o de otra hemos ayudado a matarlo-, se transforma en el legado de la ignorancia y la arrogancia del racismo y la discriminación, porque nos obsesiona y no encontraremos nunca la paz necesaria hasta que expiemos, resistamos, reconstruyamos y seamos capaces de re-crear un sistema histórico -el comunismo sería nuestra opción- de otra naturaleza que vaya más allá del racismo que aflige a la contemporaneidad de un modo tan profundo y maligno.

Entonces podemos comprender por qué Nicolás Guillén, el poeta mayor del Siglo XX cubano escribió que “(...) *El problema del negro en Cuba es el problema del blanco*”, proporcionándole la dimensión adecuada a una problemática racial dentro de una cultura, identidad nacional y una nación que conformó, en un proceso de permanente construcción socio-cultural, a un pueblo nuevo y mestizo, nacional (uniétnico), multirracial y pluricultural, a través de una transculturación y sincretización religiosa muy singular y acelerada. Sin obviar, por supuesto, el carácter socioclasista del fenómeno que se enfrentaba si no olvidamos u obviarnos la pertenencia de Guillén, como miembro de la vanguardia artística y política de la época, y su militancia en el partido comunista, su visión marxista del mundo y su comprometimiento con la causa de los explotados y oprimidos, excluidos y marginados.

Lo que quiero expresar en síntesis con estas tres ideas es que el problema negro en Cuba, el racismo y la discriminación por el color de la piel no está completamente solucionado, a pesar de que en algunos momentos del proceso revolucionario lo proclamara -o lo proclamábamos- como tal, errando en la comprensión de la profundidad de esta problemática que nos rebasa en el tiempo y el espacio.

La idea de raza es, con toda seguridad, el más eficaz instrumento de dominación social inventado en los últimos 500 años.^[1] Producida en el mismo comienzo de la formación de América y del capitalismo europeo en el tránsito del siglo XV al XVI -en su proceso de acumulación originaria del capital-, en las centurias siguientes fue impuesta sobre toda la población del planeta como parte de la dominación colonial de Europa. Se trata ante todo de un desnudo constructo ideológico que no tiene, literalmente, nada que ver con la estructura biológica de la especie humana -el descubrimiento del genoma humano y el ADN pusieron en crisis total tales hipótesis seudocientíficas- y todo que ver, en cambio, con la historia de las relaciones de poder en el capitalismo mundial, colonial/moderno. Impuesta como criterio básico de clasificación social universal de la población del mundo, según ella fueron distribuidas las principales nuevas identidades sociales y geo-culturales del mundo. De una parte el “indio”, el “negro”, el “asiático” -antes “amarillos” y “aceitunados”-; de la otra el “blanco” y el “mestizo” más aclarado, símbolos además de las diversas regiones del planeta. Sobre ella se fundó el eurocentramiento del poder mundial capitalista y la consiguiente distribución mundial del trabajo y del intercambio. Y también sobre ella se trazaron las diferencias y distancias específicas en la respectiva configuración específica de poder,

con sus cruciales implicaciones en el proceso de democratización de sociedades de formación de los estados-nación modernos. De ese modo, la raza, una manera y un resultado de la dominación colonial moderna, invadió todos los ámbitos del poder mundial capitalista, hoy monopólicamente transnacionalizado.

En otros términos, la "colonialidad del poder" -según el estudioso Aníbal Quijano y que José Martí la denominó *la mentalidad colonial*, (el escritor Arturo Arango la nombra como "(...) la reproducción de las "oligarquías coloniales" en la "república de generales y doctores",[2] - se constituyó en la piedra fundacional del patrón de dominación y hegemonía mundial capitalista, colonial y neocolonial / moderno, y de paso de las oligarquías nacionales, clientelistas, dependientes y hasta gerenciales, de ese sistema-mundo capitalista. A partir de los siglos dieciséis y diecisiete, las diversas teorías racistas en Francia, Reino Unido, Estados Unidos de América y por otros científicos y políticos alemanes, suecos e italianos, etc., tomaron una conformación tremebundamente seria con los aportes de los franceses Gobineau y Lapouge -quienes aseveraron la superioridad de la raza blanca sobre las otras de una forma muy denigrante-, coincidentes con los seguidores del social-darwinismo, el malthusianismo y hasta del positivismo spenceriano y el lamarckiano en el siglo XIX. Sin hablar de su macabra y genocida trascendencia con la puesta en práctica de la "solución final, por parte del nazi-fascismo alemán en la pasada centuria.

Las propuestas conceptuales y prácticas que provienen desde otras latitudes y diferentes desarrollos sociohistóricos no pueden obnubilarnos y que admitamos acriticamente algunos de estos cuerpos conceptuales ciertamente rigurosos y más que todo llamativos. Como afirma David Spurr en su libro *"La Retórica del Imperio"*, escrito en 1999,[3] el proceso a través del cual una cultura subordina a otra empieza con el acto de dar o no dar nombres y si implica una esencialización o uniformización es sin lugar a dudas una imposición y hegemonía del *Otro* desde arriba, es decir de los centros de poder eurocéntricos y norteamericanizadores que, indiscutiblemente, filtran y matizan algunos descubrimientos intelectuales del denominado ambiguamente Tercer Mundo -o países subdesarrollados y periféricos- que no es más un término geopolítico que denota ante todo diversidad y diferencia.

Acerca de la realidad de la sociedad cubana actual existen variados puntos de vista interrogadores, exógenos y endógenos, que se debaten sobre la necesidad de reconstruir y problematizar algunos temas de la historia de la conformación de la nación, la nacionalidad, las estructuras socioclasistas y las razas -la racialidad preferimos denominarla aunque utilizaremos uno u otro término- como consecuencia de la presencia de nuevos horizontes epistemológicos y metodológicos, así como producto directo e indirecto de la sistematización e integración holística -excusándonos la posible redundancia- de los enfoques interdisciplinarios y transdisciplinarios de los nuevos conocimientos y saberes. No todos los puntos de esa agenda científica, que no ocultan su lado político ni soslayan el ideológico, son un intento de revisar ese decurso histórico -y no solamente desde el significado negativo de este término- con el fin de leer e interpretar nuevos materiales primarios y secundarios, revisar las fuentes y reinterpretar algunas conclusiones parciales y finales necesitadas de un mayor análisis concienzudo y riguroso desde el ángulo científico. En el caso de la investigación sobre la problemática de la nación y las razas, discriminaciones concomitantes y vigentes, estas novedosas miradas, reflexiones e interpretaciones no solo están dadas por atavismos ancestrales provenientes de la colonia, la neocolonia y de ciertas conductas racistas y discriminatorias hacia la raza negra en el seno de la sociedad actual, sino por reproducciones metabólicas que se están dando lugar, paradójicamente, en la contemporaneidad transicional socialista cubana.

Cualquier visión y reflexión hacia el proceso histórico de formación y permanente construcción social y cultural de la nación, nacionalidad e identidad nacional cubanas -reconociendo además que la cultura (proto)-nacional, después, e incluso el criollo, surgieron en primera instancia- obliga a tener en cuenta inevitablemente a los componentes étnicos y raciales (españoles de los diferentes pueblos-naciones que conforman España, los europeos, los africanos, los asiáticos entre ellos los chinos -culies, cantoneses y luego los chinos de California-, de las islas Filipinas, los japoneses y los hebreos, entre otros) de su actual pueblo nuevo y mestizo (denominación dada por el sociólogo y politólogo brasileño Darcy Ribeiro a algunas naciones-pueblos caribeños) que conllevó a la síntesis de un pueblo uniétnico, pluricultural y multirracial en la contemporaneidad. Del proceso de deculturación impuesto por la dominación y hegemonía ibérica-europea a las etnias y tribus africanas traídas a la Isla a través de la inhumana trata de negros esclavos, de actualmente más de 15 naciones del continente negro, se transitó hacia una transculturación, sincretización religiosa incluida, de novedosa naturaleza singular, hacia ese pueblo nuevo y mestizo, el "pequeño género humano" como lo denominara Simón Bolívar refiriéndose a América Latina (incluyendo por supuesto a los pueblos originarios, los indígenas). Ante esa rapidez en la formación del cubano y su nación, más otros procesos vinculantes con las mismas, el sabio cubano Fernando Ortiz dijo de manera lapidaria de que en Cuba un año o unos pocos años han significado lo que para otras naciones y pueblos ha representado cientos y miles de años.

Por disímiles caminos a los otros dos países americanos de gran esclavitud en el siglo XIX -Estados Unidos y Brasil, sin mencionar en este instante al Caribe anglófono, francófono y holandés, entre otros, descolonizado en las décadas del 40 y el 60 del siglo XX-, Cuba fue la última colonia española en las postrimerías del siglo decimonónico que vivió el final de la esclavitud envuelta en una guerra revolucionaria de independencia y abolicionista (Guerra Grande y Chiquita), que marcó la autoidentificación de los negros y mulatos con respecto a la relación entre la libertad -en 1886 es abolida la esclavitud por ley- y la dignidad personal que dejó una secuela

formidable de nacionalismo separatista. La continuidad de ese combate en la Revolución del 95 fue mucho más profundo y general, gracias al ideario martiano, y resultó decisivo en relación directa e indirecta con la construcción de las razas y la nación, porque en aquella guerra de enormes proporciones participaron masivamente los no blancos, que desarrollarían una alta conciencia acerca de sus derechos a la igualdad cívica y la ciudadanía, como parte de una lucha por una república independiente, democrática y soberana, que era parte del sueño martiano y de otros independentistas radicales.

En una época de tránsito del capitalismo al imperialismo, de ascenso del racismo y mientras que algunos científicos europeos, en distintos momentos históricos y con distintas intenciones, medían y pesaban cráneos -y no solo simbólicamente-, así como las turbas racistas del sur de los EE.UU. linchaban negros en esa nación, los dirigentes de la rebelión cubana negaban la existencia de las razas -y mucho menos sobre sus odios recíprocos-, y su ejército libertador, masivo y multirracial, libró una guerra nacional liberadora anticolonial. El Apóstol de la Independencia cubana, José Martí Pérez escribía y hablaba de que no existían razas y que los hombres habían inventado "las razas de librerías" como medio de obstaculizar la guerra independentista anticolonial y para justificar el expansionismo y el imperialismo.

En la Cuba de fines del siglo XIX se entendía la unidad nacional como un producto de la acción política armada y civil -porque hubo gobiernos en armas y constituciones- conjunta de negros, mulatos y blancos... y amarillos -recordar la frase de que "nunca hubo un chino traidor"- que lucharon tenazmente contra los colonizadores. Esta diferencia es importante, dado que en el caso de Cuba la nación no se imaginó solamente como resultado de una unión física y cultural, sino como producto de una alianza revolucionaria interracial, formulación que reconocía ostensiblemente las acciones políticas de los hombres y mujeres de color y que, por tanto, trajo aparejadas profundas implicaciones para la política racial y nacional en el futuro.

Parafraseando y contrapunteando, quizás mejor sería expresar complementando, algunas ideas al pensamiento de Fernando Martínez Heredia, "blanquear a Cuba" no fue solo un grito de alarma primero para resolver el "problema negro", porque habían serias pretensiones de lograr ese blanqueamiento, y luego no fue únicamente una táctica dentro del paso al capitalismo pleno en la última parte del siglo XIX, sino una concepción estratégica de algunas de las mentes más lúcidas de finales del siglo dieciochesco y del decimonónico, pero que sin embargo no percibieron al negro como parte de la nacionalidad en formación.[4]

En esos instantes de reconfiguración de la geopolítica mundial y problemáticas muy complejas en los procesos post-libertarios en América Latina y el Caribe, se había conseguido en la Mayor de las Antillas, el abrazo físico y espiritual de forma real y simbólica de los negros y los blancos y, con ello, el de la unión de la nación y la nacionalidad cubanas. Ciertamente, y es quizás un correlato muy positivo, en los idearios de los negros y los mulatos nunca se manifestaron conceptos y accionares amenazantes contra la nación, así como tampoco la aspiración de una república negra o la confabulación para desarrollar una guerra de razas. A las poderosas ideas cargadas de temor y tensión raciales que provenían desde la Revolución Haitiana y la cimarronería anterior a ella, aunque fortalecida con la misma, los negros y mulatos cubanos contrapusieron imágenes y actúes igualmente enérgicos de armonía y trascendencia raciales.

El marco conceptual y práctico de la participación en la guerra y los grados alcanzados por los hombres de la raza negra y mulata (del merecido reconocimiento de estos últimos los de la raza negra se quejaron de discriminación y olvidos), así como que la mayoría de los miembros de filas del Ejército Libertador era de componentes negros y mulatos, les brindó esa oportunidad, que no se perdería en la República, de lanzar un lenguaje vigoroso y demostrativo de esos contrastes muy marcados. Desde una articulación semántica (in)-completa que se pronunció acerca de la existencia de una nacionalidad sin razas se fue transitando hacia una disertación de la armonía e integración como una expresión de debate, de demandas y exigencias socioeconómicas, políticas, culturales, entre otras. En la república neocolonial, los enfrentamientos socioclasistas, la movilización interracial y el batallar independentista y sus discursos respectivos impusieron límites a lo que los interventores y ocupantes estadounidenses, siempre prestos vigilantes del orden establecido -con la ayuda de los peninsulares favorecidos y afincados en sus puestos de la ex-colonia- quisieron y pudieron realizar.

Y lo más importante para este breve resumen, las conductas y prácticas racistas y discriminatorias fueron calando en la mente y la conciencia de todo ese conglomerado social heterogéneo, desde las clases ricas -la oligarquía burguesa terrateniente y sus afines-, así como en las clases, grupos y sectores medios, los intelectuales y profesionales, hasta permear las capas, estratos y segmentos más pobres y humildes, es decir, a los propios excluidos y marginados. "...el colonialismo había producido un tipo de poder cuyo carácter era y sigue siendo, su colonialidad".[5] El sabio cubano Fernando Ortiz lo describe de la siguiente manera: "...el absolutismo colonial, con falta de libertades y sobra de opresiones necesitaba del racismo como elemento ideológico de su estructuración social. No bastaba con calificar a un ser humano adversario, sometido o supeditable, con el adjetivo circunstancialmente adecuado. Había que calimbarlo con un estigma biológico, para que la justificación de su demérito social no dependiera de un juicio controvertible sino del prejuicio de la fatalidad congénita, ostensible por la anatomía".[6]

El primero de enero de 1959, al acontecer el triunfo de la Revolución Cubana, constituyó un importante punto de inflexión de toda esta problemática. A pesar de los tres memorables discursos del Comandante en Jefe Fidel Castro en los primeros meses de 1959 y del extraordinario esfuerzo del proceso revolucionario y socialista cubano por llevar similares oportunidades y condiciones de vida, estudio y trabajo, educación y salud gratuitas, así como igualdad y equidad -muy afectadas en el período especial, lo que conllevó a desigualdades sociales muy variadas- a todos los sectores sociales, principalmente, a los anteriormente explotados y oprimidos por el capitalismo, aún subsistían y se reproducían en los años 90 del siglo XX y en los inicios del Tercer Milenio. Algunas de las problemáticas raciales y discriminatorias estaban incidiendo en la articulación con la identidad nacional, aunque no deben ser sobredimensionadas, y otras diversidades identitarias, a las cuales había que ponerles freno a las más dañinas, pero con mayor democratización real participativa-decisoria y, a la vez, brindarles una acertada solución con una política educacional y cultural integral, y con medidas de tipo económico y social muy solidamente pensadas y consensuadas.

No se pudo revolucionar -ni con acciones positivas que hubieran sido y siempre serían una elección de medida excepcional- otra más profunda y diversa, que se reproduce y se multiplica a nivel horizontal; desde la autoestima personal, los complejos psicológicos heredados y transmitidos, que condicionan la auto-imagen sobre la supuesta "pertenencia racial", los gustos estéticos para la elección de pareja, los vínculos de la pareja antes y después del matrimonio, las relaciones familiares y vecinales, así como entre los diversos grupos socio-ocupacionales, entre muchos aspectos.[7] Porque lo que se enfrentaba estaba en las mentalidades de los propios hacedores del proceso revolucionario y en estas esferas los cambios demoran y las ideas, por muy negativas que sean, son más duraderas y perniciosas.

Y un elemento objetivo que no se debe olvidar: los negros llegaban a la Revolución con diferencias de posicionamientos económicos y políticos definitivamente muy inferiores y desiguales que no podían compararse al resto de la población. La declaración y voluntad política de favorecer el acceso de los sectores más pobres a las instituciones educativas, laborales, de salud, de brindar igualdad de oportunidades para todos con el fin de homogeneizar la igualdad y equidad político-social, en aras de reproducirlos como los protagonistas directos de la nueva sociedad, no tuvo como definición analítica del punto de partida o línea de base de los negros que se encontraban en los escalones más bajos y marginales -que también quiere decir vivir en los márgenes sin caer en la delincuencia- del cuerpo social. Muchas de estas manifestaciones discriminatorias supervivieron, otras no fueron en parte superadas aunque estaban y continúan estando en proceso de poder ser disminuidas relativamente, pero alcanzaron una nueva dimensión en contra de la más elemental lógica revolucionaria desplegada desde 1959. Los estudios llevados a cabo dentro de la Batalla de Ideas comenzada en los años 1999 y el 2000 arrojaron serias diferencias entre los niveles de oportunidad e igualdad socioeconómica y política entre negros y blancos.

En parte, porque se estaba enfrentando, aproximadamente, a cinco siglos de explotación colonial española y neocolonial norteamericana, contra la esclavitud y sus secuelas, y contra el sistema capitalista dependiente que existió en la Isla, contra los remanentes de la explotación y opresión que habían sufrido las clases trabajadoras y contra el racismo, la discriminación, la alineación / enajenación, la marginación y exclusión de una inmensa mayoría del pueblo. Parafraseando al historiador y politólogo cubano Jesús Guaniche, en los primeros años de la Revolución se eliminaron barreras esenciales que permitieron legalmente la igualdad entre las razas en Cuba, pero se pensó que si se eliminaban las vías institucionales que propiciaban la práctica de la discriminación racial y se enfatizaba en la educación y en la convivencia cotidiana, automáticamente se podían barrer las raíces del racismo y de los prejuicios raciales.

Así las viejas polémicas y proyectos de reivindicación racial resurgen en la sociedad cubana actual, en los años 90 y en los umbrales del actual siglo XXI. Los discursos-debates y artículos de contenido político y social, desde la política y la intelectualidad -la literatura también- de Martín Morúa Delgado, Rafael Serra y Juan Gualberto Gómez a finales del siglo XIX; de Gustavo Urrutia y Jorge Mañach en la década del 30; las obras enciclopédicas de Fernando Ortiz en las cuales existen dos momentos bien señalados: el primero, cuando el sabio cubano está imbuido por los estudios de Cesare Lombroso y criminaliza al negro por los rasgos antropomórficos y la brujería, el segundo, cuando aprecia y percibe que la matriz de la real cubanía concierne perpendicular y no tangencialmente a los negros cubanos -de procedencia africana-, sus costumbres y creencias religiosas y plantea el concepto de transculturación y de sincretismo religioso, verdadera síntesis de lo cubano.

Otros personalidades como José Antonio Ramos, Rómulo Lachanteñeré, Argeliers León, Pedro Dechamps, Lino Dou, Juan René Betancourt, René Depestre, Nicolás Guillen, Walterio Carbonell, Lezama Lima, Juan Marinello, Salvador García Agüero, Blas Rosa, Lázaro Peña, Jesús Menéndez, entre otros, también intervienen y baten sus plumas en ristre en esos debates desde el ángulo individual o desde las asociaciones sociales y organizaciones políticas en que militaban para advertir que se debía: eliminar las diferencias entre los negros y los blancos; la necesidad de crear ciudadanos negros cívicos, capaces, modernos, abiertos al progreso y a todas las manifestaciones culturales; quebrar el paradigma del negro ignorante y torpe; salvar las diferencias culturales y educacionales existentes entre los negros y los blancos; permitirles la movilidad social; aceptar como natural la pretensión cargos administrativos políticos y públicos de cualquier nivel, principalmente los de alto rango; equilibrar de forma igualitaria los empleos en los hombres y mujeres de la raza negra que estaban

mal remunerados, así como que eran los más propensos a la desocupación o el desempleo; y el reconocimiento social que se habían ganado en su propio país, etc.

Si se realiza una mirada de estas demandas e intereses podría extraerse como falsa y simplista conclusión que casi todas han estado pendientes de soluciones objetivas y subjetivas. Pero esa visión es parcial y no abarca la realidad actuante. Sin embargo, las estadísticas y los estadios actuales del negro, mulato y el mestizo cubano, están muy ocultos en los censos realizados en Cuba -el del 2002 es que el más se acerca a esa realidad de la línea de color-, porque las preguntas al respecto no se realizan y si se hacen son respondidas por los propios encuestados y estos pueden decidir el color de su piel sin distingos, pero si con condicionamientos sociales y prejuicios personales (muestra del condicionamiento social, de grupos y sectores) que no es discutida por el encuestador. Pero las cifras demuestran parámetros diferenciadores y asimetrías que se acercan a lo que algunos han denominado la fantasía de la realidad, que no es más que una mirada mitificadora de la misma, aunque no deja de brindar un panorama muy cercano a esa problemática real: la población negra sigue estando en relativa desventaja.

Desde ese punto de vista, si bien las expresiones del racismo varían de acuerdo con el contexto social en el que se desarrollan, se trata casi siempre de actitudes, sentimientos y apreciaciones que justifican o provocan fenómenos de separación, segregación y "explotación" de un grupo por otro, legitimando en cualquier caso las relaciones de poder existentes, a pesar de que en el caso cubano fuera socialista -en transición constante hacia el comunismo. Es por eso que, en situaciones donde las acciones de marginación, exclusión y estigmatización continúen presentándose como racismos verbalizados, como anuencias mudas pero también cómplices compartidas por muchos de "nosotros" frente a un "ellos", el mundo de la vida social permanecerá como un espacio racializado impregnado de odios y humillaciones sutiles. Esa complejización es más dinámica y tensional en un país caribeño como Cuba, en que el choteo vernáculo -positivo y negativo- es idiosincrásico para el cubano común, que constituye una forma además de resistencia y de salir airoso, con bromas y burlas, ante situaciones que pueden ser peligrosas hasta para la vida.

Los atentados que se dan en la sociedad contemporánea -no solo la cubana, puesto que en ella el racismo es sutil y difuso- contra la identidad de los negros, no tienen ese carácter manifiestamente "flagrante" público. No se trata de excluirlo, sino de integrarlo desde una visión de inferioridad por el color de su piel, de convertirlo en "chivo expiatorio" de situaciones que se crean en la vida cotidiana, no tanto así en los acontecimientos trascendentales a nivel nacional e internacional. El fenómeno de la invisibilidad es investido como probable y menos agresivo, contrario dialéctico, y es esta la manera en que se va pactando y configurando la presencia del negro, en su dimensiones históricas y contemporáneas. El negro es en esencia y leído desde las concepciones hegemónicas de las sociedades multirraciales desde su conformación, ajeno imponderable como no sea en estereotipos negativos.

El racismo contemporáneo, de reciente data, enfatiza más bien el principio de la diferencia para rechazar las otras culturas en nombre de la pureza y de la especificidad de la propia, se aparta de todo universalismo y promueve con ello un comportamiento de relativismo cultural exacerbado. En este contexto, el término cultura es asumido por el de raza, ya que se sustenta en una alteridad sustancial y elemental, tanto en el plano individual como en el colectivo y no acepta que las diferencias culturales pueden ser transformadas y dejar de ser insuperables. De esa manera, el racismo implica que la constatación de las diferencias se materialice en el ámbito político, social y económico, y justifique las conductas de rechazo, exclusión o exterminio. Esta última condición justifica que el racismo se entienda como un fenómeno social y no, como sucede a menudo, como un hecho biológico con repercusiones sociales".

Quedando entonces demostrado que el racismo y las actitudes discriminatorias en cuando a la raza en cuanto el color de la piel, son problemáticas a resolver en un largo plazo histórico con medidas, más que legislativas y de voluntad política, aunque sin subestimar las mismas, con la educación, concientización y la formación cultural que abandone los viejos cánones del etno y eurocentrismo. Esto último se configura como lo más difícil porque esa construcción sigue vigente aunque hagamos cambios socioeconómicos y políticos, se reproducen una y otra vez, como la lógica metabólica del capital. Entonces habría que crear un Estado nación diferente al importado e impuesto, una sociedad que piense diferente, no solo en sus formas sino en sus contenidos. Y esa es una tarea gigantesca, desde el plano teórico, cotidiano y de las prácticas sociales y políticas alternativas. Una cosa significa elaborar una práctica y un discurso político macro o micro, y otra llevarlo a una realidad contraproducente, donde los verdaderos protagonistas: las clases, sectores e identidades-diversas, continúen con una mentalidad colonizada y racializada. Es cuando la continuidad y ruptura deben encaminarse hacia una superación radical, articulando todo las experiencias y enseñanzas realmente asimilables, adecuándolas a la realidad contemporánea.

Y, a la vez, se trata de satisfacer el lugar ganado por estos grupos identitarios, en los espacios sociales donde se manifiesten con la misma intensidad que el resto de la sociedad. Y no se trata de crear un Partido Independiente de Color, de azuzar asociaciones negras y llamar hacia un retorno al África, como sucedió a principios del siglo XX en Cuba y el Caribe, sino de mostrar en total plenitud los derechos de todos, no como complementariedad, sino como partes de un todo, sin reduccionismos. Porque, como escribió Nicolás Guillén

-algo que indicamos desde el inicio- pero ahora amplificado a una Cuba socialista e independiente *el problema del negro continua siendo el problema del blanco*, pero ahora como meta de salvación de esa identidad diversa y solidaria que hemos forjado y seguimos conformando en Cuba contemporánea. Esa sociedad civil y política plena y democrática que es consustancial al socialismo -como etapa de tránsito hacia el comunismo reiteramos que es indiscutiblemente muy extensa e intensa en el tiempo- es el mejor escenario para estas acciones y pensares.

Pero podemos aseverar que la problemática racial no constituye un peligro para la identidad nacional en Cuba. Porque si de preservar de lo dañino a la identidad se trata, lo más adecuado es preparar al sujeto popular-nacional como un receptor fuerte, activo, crítico, capaz de aprender, comprender y sobre todo aprehender, lo positivo del "otro", para incorporarlo (apropiándose críticamente) a lo original y auténtico, de hecho enriqueciéndolo con genuinidad y flexibilidad humana universal, sin atavismos ancestrales y cambiando la conformación económica, ideopolítica y cultural heredada y asumida hoy del sistema-mundo capitalista imperialista dominante y hegemónico.

Entonces, alguna vez en la historia de la humanidad podremos botar hacia el basurero, las teorías que aseveran, contra viento y marea, que la raza negra es inferior, muy próxima a los animales, intelectualmente limitadas, con pasiones irrefrenables; la raza amarilla, con inclinaciones a la apatía, con capacidades mediocres, sin impulsos de creación, y la raza blanca poseedora de toda índole de méritos, energía razonable, inclinación al orden, monopolio de la belleza y una enorme superioridad intelectual. Así como reconocer, sin cierto sentido de culpabilidad, bochorno y pena, que la primera guerra de liberación en la América Latina y Caribeña -ahora que hacemos las celebraciones por bicentenario de la independencia latinoamericana- se dio en Haití, con la República negra de Toussaint Louverture, enmarcándola en su época histórica y concreta, reviviendo más sus luces que sus sombras, con orgullo y asombro.

Entonces el albatros muerto se desprenderá de nuestros cuellos. Ya no será la culpa eterna de los "navegantes" de esta y de las próximas centurias y milenios. Estaremos expurgados de esa enorme carga espiritual porque ya no seremos racistas.

[1] Aníbal Quijano. "¡Qué tal raza!". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Vol. 6, No. 1, enero-abril, Caracas, 2000, pp. 37-45.

[2] Arturo Arango "Otra teleología de la racionalidad cubana", en *Casa de las Américas*, No. 194. Enero-marzo, La Habana, 1994, p. 110.

[3] David Supr. *The Rethoric of Empire. Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing and Imperial Administration*. Durham/London: Duke University Press, 1999.

[4] Fernando Martínez Heredia "La cuestión racial en Cuba y este número de Caminos". *Caminos*, Revista Cubana de Pensamiento Socioteológico, No. 24-25. La Habana, 2002.

[5] Aníbal Quijano *El fracaso del moderno Estado- nación*, en *La Otra América en debate*, Aportes del I Foro Social Americas, Irene León, Ed, Quito, Ecuador, 2006, p. 65.

[6] Fernando Ortiz. "Martí y las razas". En: *Caminos*, Revista Cubana de Pensamiento Socioteológico, No. 24-25, La Habana, 2002. p. 36.

[7] Jesús Guanche "La cuestión racial en la Cuba actual: algunas consideraciones", Internet: <http://www.archivocubano.org>.